

CUESTIONES COLECTIVAS. JÓVENES LATINOAMERICANOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES

*Analia Otero*¹

Resumen: Actualmente, la participación social y política de las y los jóvenes en la esfera pública es una problemática que ha cobrado una gran importancia, especialmente cuando se trata de manifestaciones de protesta social y acciones que cuestionan al orden establecido. Este artículo se centrará en la relación entre condición juvenil y acción colectiva y retomará algunas discusiones sobre el activismo de las y los jóvenes y su participación como integrantes de movimientos sociales. A lo largo del texto, se profundizará en tres ejes que se consideran centrales para generar un acercamiento a la cuestión: uno primero que tiene que ver con las lecturas a cerca de la conformación de movimientos sociales como actores políticos, mediadores del conflicto social, y ámbitos de socialización política. Un segundo eje estará destinado a abordar las caracterizaciones sobre los modos de participación política, y propuestas teóricas que contribuyen a identificar elementos sobre pautas de acción e intervención de los jóvenes en lo político y social. Y, finalmente un tercer eje comprenderá el análisis sobre los procesos de vinculación de los y las jóvenes en el marco de la acción colectiva. De esta forma, se pretende aportar herramientas teóricas para reflexionar acerca de la intervención y aporte de las y los jóvenes en movimientos sociales contemporáneos.

Palabras clave: Jóvenes; Participación social y política; Movimientos sociales.

Abstract: Youth protagonism and social participation have become a topic of academic interest recently. Their role in demonstrations and public actions have been considered substantially important for our society. This article mainly focuses on the relationship between youth subjectivity and collective actions. It also describes the different perspectives that study youngsters activism and their participation in social movements.

The first part talks about the process that makes social movements as political actors, social conflicts mediators and places of political action and socialization. The second part shows the different ways of participate in the society and briefly explains some theories that identifies some common points in youth protagonism. The last part goes deeply into the bonding relationships between youngsters inside the movements. Hopefully, this document will be an input to think about youth movements with new theoretical tools.

Keywords: Youth; Social participation politics; Social movements.

Introducción

La emergencia de las movilizaciones y protestas del siglo XXI plantean un escenario de tensiones latentes en las democracias contemporáneas. En este escenario, la participación juvenil en movimientos sociales es una temática que ha cobrado particular atención en nuestros días debido a que, sin poder dar cuenta de datos certeros en cantidad ni inferir generalizaciones, se ha señalado que una característica de los movimientos sociales actuales es, justamente, la presencia de un alto componente juvenil en su seno. A menudo la supuesta falta de precisión de objetivos o de escasas propuestas de

¹ Lic. en Sociología (UBA); Magíster en Diseño y Gestión de Políticas y Programas Sociales (FLACSO). Dra. Ciencias Sociales (FLACSO). Investigadora CONICET/ FLACSO, Sede Académica Argentina. Dir: Ayacucho 551, CP: 1026 Capital Federal, Buenos. Aires. Argentina. E-mail: aotero14@gmail.com, aotero@flacso.org.ar

acción tienden a ser motivos por los cuales las protestas y los movimientos juveniles resultan deslegitimados e incluso considerados meramente expresiones folclóricas de la cultura joven. Una de las críticas frecuentes es la transitoriedad y la constante amenaza de la disolución de los movimientos ante la falta de un compromiso sostenido de los militantes. Sin embargo, la mayoría de las veces el debate gira en torno a el parámetro de la eficacia de los resultados, esperando una intervención que dé cuenta no sólo de demandas sino que contribuya a promover acciones efectivas de cambio.

Algunos autores sostienen que en estos últimos años no se han generado movimientos sociales de marcado carácter generacional ni que apelen a dicho clivaje para establecer sus demandas (DOMÍNGUEZ, 2006). Pero tampoco es posible negar que las y los jóvenes constituyen una porción relevante dentro de la mayoría de los movimientos sociales contemporáneos.

En este sentido, la relevancia de la temática de este artículo está vinculada a la necesidad de un mayor conocimiento sobre las problemáticas político-sociales que enfrentan las y los jóvenes en la actualidad. Abordar el protagonismo de los y las jóvenes contemporáneos en acciones colectivas plantea una serie de nudos problemáticos. En principio, sugiere un interrogante profundo acerca de, si la hay, cuál es y cómo influye la particularidad de sus modos de participación política y social, es decir, preguntarnos por su papel como actores en el escenario de los conflictos sociales.

Por otro lado, la heterogeneidad, multiplicidad y constantes variaciones de las manifestaciones colectivas protagonizadas por jóvenes llevan a cuestionar la idea misma de rasgos en común. La heterogeneidad de las situaciones que atraviesan las y los jóvenes de cada país y lugar de la región, está en la base del planteo pues incide en los intereses y demandas que persiguen las protestas y movimientos. A ello se le suman cambios de época que modifican los contextos de sociabilidad.

Así las cosas, el interés por el protagonismo juvenil se acompaña con estudios sobre la multiplicidad de formas de intervención social y política en los espacios públicos. La diversidad de protestas sociales (marchas, acampes, escraches, etc.) contienen formas de expresar el descontento. Ello habla de maneras de moverse en la sociedad y en definitiva de modos y estilos de experimentar los problemas que los atañen.

Las culturas juveniles y los movimientos sociales pueden constituir objetos de estudios diferenciados, pero en la realidad se confunden y se superponen. No obstante, el desafío que conlleva situarnos en los espacios intersticiales entre dos campos temáticos prolíficos: jóvenes (condición juvenil) y movimientos sociales (acción colectiva), obliga a refinar la búsqueda de aportes que contribuyan a la riqueza del trabajo analítico, permitiendo comprender la emergencia y dinámica de su participación política y social.

Con el objetivo de hacer un aporte en materia de las particularidades y los modos de participación de los y las jóvenes, este artículo se organiza del siguiente modo: en primer lugar, se presentan las vertientes teóricas y las perspectivas que históricamente orientan los análisis acerca de la conformación de movimientos sociales como actores políticos, mediadores del conflicto social y ámbitos de socialización política. En segundo lugar, se abordan caracterizaciones de los modos de participación de los y las jóvenes, prestando particular atención a sus transformaciones en el contexto histórico, considerando sus variaciones desde fines del siglo anterior. En tercer y último lugar, se versa sobre los procesos de vinculación de los y las jóvenes en el marco de una acción colectiva. En este último apartado, se enfocarán dimensiones tanto nodales como actuales, que admiten nuevos interrogantes. Asimismo, se expondrán algunos casos ejemplificadores de jóvenes en movimientos sociales surgidos recientemente en la región Latinoamericana y en el plano internacional.

1 Una revisión de los principales aportes en torno a los Movimientos Sociales

Si se quisiera hacer una historiografía de los estudios sobre movimientos sociales, deberíamos remontarnos a la sociología clásica y tradicional. En los inicios de esta ciencia social, se puede encontrar, más implícita que explícitamente, una preocupación por la acción colectiva. Desde los

autores denominados clásicos, como Durkheim, Marx y Weber², hasta la actualidad han desarrollado estudios sobre movimientos sociales y han ido complejizándose, profesionalizándose e institucionalizándose a lo largo del tiempo. Desde la praxis social también se ha ido construyendo una intención de definir la acción social que a su vez contiene parte de la misma. Hoy, contamos con un campo prolífico de investigaciones que hacen su aporte y problematizan la cuestión, generando debates y nuevos conocimientos.

A grandes rasgos, hasta mediados del siglo anterior, el estudio sobre el fenómeno de la acción colectiva y los movimientos sociales fue abordado por las corrientes teóricas clásicas como la teoría marxista y la estructural-funcionalista. El primer enfoque considera la acción colectiva como expresión del conflicto de clases, mientras que la segunda perspectiva la define como un acto irracional o un desvío del orden social.

Por un lado, el enfoque estructural-funcionalista y los enfoques de la sociedad-masa conciben a la acción colectiva y las movilizaciones como efectos de la “multitud”, caracterizados como actos irracionales, espontáneos y vinculados a desajustes derivados de las acciones normativas.

En cambio, la perspectiva marxista reivindica a los movimientos sociales – particularmente obreros y sindicales- otorgándoles un lugar clave en la escena de la conflicto social. Teniendo en cuenta el contexto histórico en el que se ubicaban estos análisis – el desarrollo de la sociedad industrial en los siglos XIX y XX- , podemos decir que han puesto el foco en el peso de la estructura económica sobre la determinación, desarrollo y conformación de actores sociales y colectivos donde se dirimían las relaciones de poder y los procesos de lucha. Más adelante, autores como Gramsci, Hobsbawn (1959) y Thompson (1963), profundizarían y complejizarían el tema asignándole a la cultura un rol fundamental en la lucha de clases.

Sin embargo, más allá de estos aportes teóricos fundamentales, el interés concreto por la problemática de los movimientos sociales tomó un verdadero impulso recién en la década de los años '60. A partir de esto, se han elaborado modelos teóricos para su análisis y marcos de lectura que han dejado de lado la noción de los movimientos sociales como actos irracionales. En este sentido, se renueva la perspectiva, se aborda el cómo y el por qué de estos fenómenos y se los reivindica como formas de acción colectiva que hacen un aporte sustancial a la construcción política y social.

Asimismo, en ese período, movimientos vinculados a la defensa de derechos civiles emergieron fundamentalmente en Estados Unidos, tales como ciertos grupos vinculados a cuestiones de género y demandas ambientales. Ya hacia fines de la década del '80, Offe (1988), ponía en evidencia la aparición de movimientos nuevos, relacionados con transformaciones sociales, culturales y políticas. Este autor definiría a una nueva esfera política en la cual estaban presentes no sólo las organizaciones políticas tradicionales, sino también demandas con bases sociales. A estos fenómenos, Offe los llamó “nuevos movimientos sociales”, acuñando así el término utilizado actualmente. Se refería a estos fenómenos como acciones colectivas de carácter reivindicativo que quedaban fuera o no podrían explicarse bajo los esquemas marxistas o estructural-funcionalistas. Con el desplazamiento de la lucha obrera del centro de la escena social y política, comienza a desvanecerse la noción que concibe a la pertenencia de clase como clave estructural para la conformación de movimientos organizados que luchan por el cambio social. El acento estaría puesto ahora en los “nuevos movimientos sociales” de las sociedades postindustriales otorgándoles un protagonismo central dentro de la escena social.

Actualmente, se pueden encontrar dos perspectivas teóricas que abordan los movimientos sociales.

Por un lado, la ciencia norteamericana se centra en los recursos que los colectivos sociales tienen a su alcance, las acciones instrumentales que realizan y los marcos de oportunidad que ofrecen determinados contextos socio-políticos. Se hace énfasis en las estructuras de oportunidades, la

² Cabe mencionar aquí la contraposición y crítica de la sociología clásica, a diferencia del pensamiento marxista Weber sostiene que las bases materiales de las relaciones de producción y el antagonismo de las clases sociales no son los elementos simbólicos unívocos ni únicos para generar creencias comunes y otorgar sentidos a la acción colectiva vinculada a la movilización y la lucha.

movilización de los recursos y el repertorio de acción de los movimientos sociales para comprenderlos y analizarlos. (TILLY, 1978; MCADAM, MCCARTH Y ZALD, 1999; JEKINS, 1994).

En cambio, otra perspectiva teórica (principalmente de autores europeos) prioriza el análisis de los complejos procesos identitario que atraviesan los actores individuales y los colectivos sociales. En este línea, Melucci sostiene que los movimientos sociales son en sí mismos un sistema de códigos simbólicos que operan como un desafío al orden hegemónico. Este autor definió los movimientos sociales como formas de acción colectiva que hacen explícito un conflicto social, apelan a la solidaridad y operan como signos desafiantes-reveladores de la irracionalidad y parcialidad del sistema de códigos culturales dominantes. (MELUCCI, 1994). Es decir, que considera a la acción colectiva como una pluralidad de relaciones, elementos y significados; que emerge desde una identidad social construida y dinámica. Los movimientos sociales no pueden explicarse simplemente como resultado de precondiciones estructurales o simple expresión de creencias, sino como individuos en constante interacción, negociación y tensión, procesos que operan entre sí y su entorno.

Ahora bien, para poder introducir la cuestión juvenil en los movimientos sociales, debemos hablar de los aportes que José Ortega y Gasset (1930) y Karl Mannheim (1958)³ hicieron desde su perspectiva generacional⁴. Estos autores entienden a la juventud como un actor social fundamental en los movimientos sociales ya que son impulsores del cambio social, especialmente en el proceso de transición entre generaciones.

A lo largo de todo el siglo XX, los movimientos estudiantiles han sido el paradigma de la participación y protagonismo juvenil por sus intervenciones rupturistas y vanguardistas dentro de los procesos sociales. Dentro de los “nuevos movimientos sociales” los jóvenes tendrán un papel significativo, ya que su presencia no se restringe sólo en movimientos y organizaciones estudiantiles, sino que conforman gran parte de otros movimientos políticos, de género y ecologistas.

Es cierto que América Latina, particularmente, es una región caracterizada por presentar una estructura social con profundas desigualdades, donde como señala Calderón: “no existen movimientos sociales puros o claramente definidos, dada la multidimensionalidad no sólo de las relaciones sociales, sino también de los mismos sentidos de la acción colectiva; por ejemplo, un movimiento de orientación clasista probablemente este acompañado por sentidos étnicos y de género que lo diferencian y asimilan a otros movimientos de orientación culturalista con contenidos clasistas. Así, los movimientos sociales se ven nutridos por múltiples energías que incluyen en su constitución desde formas orgánicas de acción social por el control del sistema político y cultural, hasta modos de transformación y participación cotidiana de auto reproducción societal” (CALDERÓN, 1986, p. 332). A esta multidimensionalidad y diversidad característica de la región latinoamericana, se agregan movimientos vinculados con la cuestión agraria, indígena y sindical, con algunos casos que alcanzan una gran difusión como el movimiento Zapatista mexicano que inicia en 1994.

Hacia fin de siglo, aún con matices entre los distintos países de América Latina, el contexto regional se vio inmerso en una profunda crisis económica junto a un proceso de fragmentación social y una transición democrática que intensificó las desigualdades sociales existentes y provocó un fuerte proceso de exclusión social. La situación marginal de los y las jóvenes se agudizaría, viéndose

³ La Primera Guerra Mundial y la Revolución Soviética son dos acontecimientos de peso en el contexto de elaboración de los escritos de Ortega y Gasset y Mannheim. Ambos resaltaban el hecho de que hubiera grupos que compartían la experiencia de haber nacido en una determinada época, destacando el proceso de relevo generacional e interpelando el papel de las nuevas generaciones en función de las posibilidades de cambio social. Para Ortega y Gasset, las generaciones van a cobrar prioridad en tanto sujeto que encarna un cambio histórico reflejo de profundas alteraciones culturales. Hay allí implícita una particular relación entre las generaciones y la cultura, pues, las generaciones son vehículo de transmisión cultural, con sus formas de ser y pensar propias, e incluso contrapuestas a las de sus antecedentes. Por su parte, Mannheim profundiza sobre la formación de la dirigencia política de las nuevas generaciones en la democracia de masas. Para este autor, el lazo sociológico unificador entre los intelectuales era la educación que constituía la herencia formativa común, es decir, la educación moderna y la política aparecen como ciencias en sus formas más elevadas, “las ciencias políticas”. Esos serían dos elementos imprescindibles para desarrollar un poder entre las nuevas generaciones que derivaría en la construcción de un nuevo orden social, o sea, un poder transformador del gobierno aristocrático. (MANNHEIM, 1958, p. 186).

⁴ En esta línea algunos desarrollos actuales son los trabajos de (GALLAND, 1991).

impactado el mercado laboral específicamente. El desempleo y la precarización, flexibilización y la informalidad laboral marcaron la situación laboral juvenil. En respuesta a esta situación, las acciones de colectivos juveniles tendieron a cuestionar y atacar el neoliberalismo, la globalización y las consecuencias derivadas de ambos procesos. Asimismo, comenzó a gestarse y manifestarse un fuerte cuestionamiento a las instituciones clásicas de socialización tales como la escuela, la familia y los partidos políticos. Tanto en la academia como en la sociedad civil se vivía un clima época signado por el descreimiento de las experiencias básicas de la vida social y, en consecuencia, crecía un sentimiento de incertidumbre en relación al futuro. En materia académica, se destacarían los análisis sobre los procesos de transformación de la condición juvenil, específicamente vinculados a la situación laboral, cada vez más exigente en materia de desempeño académico pero incierta y poco prometedora para el acceso a buenas condiciones de empleo. Además, han proliferado estudios sobre las inquietudes, comportamientos, expresiones culturales, subjetividades y formas de participación juveniles. Muchos autores, además, indagaron en el vínculo entre las y los jóvenes y la política y sus manifestaciones en el espacio público-privado. Esta perspectiva presenta un punto de inflexión, ya que se funda en proponer analogías para reflexionar en torno a los movimientos juveniles. Retomaremos y explicaremos este punto en el próximo apartado señalando tópicos y temas recurrentes.

2 Paradigmas en la región latinoamericana⁵

En América Latina, las últimas décadas del siglo XX estuvieron marcadas por modelos políticos económicos neoliberales que profundizaron el endeudamiento externo del país y los procesos de exclusión social. Cuando esta situación se volvió extrema, el cuestionamiento a las instituciones convencionales relacionadas a los canales tradicionales de participación político-partidaria y sindical se intensificó y la crisis de representación se consolidó en la conciencia social. En respuesta a este clima de época incierto, signado por la ausencia de canales de representación que fueran considerados legítimos por la ciudadanía, irrumpieron en el escenario social nuevos modos de participación juvenil -poco asimilables a la militancia tradicional⁶ – configurando, así, otras subjetividades y comportamientos sociales.

A partir de la emergencia de estos fenómenos sociales, se profundizó el interés académico en estudiarlos, analizarlos y comprenderlos, entendiéndolos como espacios y modos alternativos de socialización y participación. (MAFFESOLI, 1990; REGUILLO, 2000; GARCÍA CANCLINI, 1997; MARTÍN BARBERO, 1998).

En los años noventa, dos corrientes de pensamiento abordan a las juventudes desde dos enfoques totalmente diferentes. Por un lado, una define a las y los jóvenes como apáticos y desinteresados en la participación política por su alejamiento a los canales tradicionales, mientras que la otra propone un nuevo paradigma de participación juvenil haciendo hincapié en nuevos modos de participación, comportamientos y subjetividades juveniles, concibiéndolos como actores sociales con mucho potencial en la intervención en el espacio público. Siguiendo esta línea, Lesli Serna (1998) retoma el esquema para analizar movimientos sociales de Offe y propone un análisis comparativo entre las “nuevas” y “viejas” formas de participación juvenil.

En primer lugar, sostiene que si bien en el pasado las identidades colectivas se construían a partir de códigos socio-económicos e ideológico-políticos, ahora lo hacen a partir de espacios de acción y mundo de vida.

⁵ Para la construcción de este apartado se ha retomado Otero (2003; 2006).

⁶ En el análisis sobre jóvenes y política, incluso aquellas prácticas relacionadas a la acción colectiva ha primado una mirada enfática sobre los modos típicos de participación formal, por ejemplo sus acciones en partidos políticos, como parte del electorado el momento del voto, etc. Por su parte las expresiones más informales y transitorias, fueron escamante estimadas como proyectos políticos. En el nuevo escenario se va a hablar del surgimiento de nuevos sujetos y prácticas sociales de movilización y acción emancipadora; a diferencia de lo que sucedía en el paradigma anterior, la clase obrera no se piensa unívocamente como el sujeto de la lucha sino que emergen múltiples formas de lucha anti-sistema.

En segundo lugar, afirma que las viejas demandas estaban relacionadas con la mejora de las condiciones sociales y económicas, mientras que las nuevas formas se centran en la reivindicación de derechos previamente vulnerados.

En tercer lugar, vincula la vieja idea de cambio social con el cuestionamiento a la estructura social y la necesidad de modificación de la misma con el objetivo de cambiar las subjetividades individuales. En cambio, el nuevo clima de época está signado por la autonomía y la identidad, el cambio es en el aquí y ahora y predominan las actitudes individuales en lugar en las colectivas.

Por último, para el autor, el involucramiento ciudadano antes estaba ligado a los canales institucionales, mientras que ahora se reivindica la acción individual en redes informales y flexibles, bajo modalidades horizontales, rechazando así la burocratización y la vieja noción de participación.

En suma, las y los jóvenes están en busca de un cambio social a través de nuevos modos de lucha y participación muy heterogéneos y diversos. A diferencia de las viejas formas de participación, la lucha se centra en la transformación de lo cotidiano y el ahora. En este sentido, el eje temporal por el cual están atravesadas estas nuevas expresiones juveniles es una de las características definitorias y diferenciales entre el pasado y la actualidad. A partir de esto, surgen actores sociales y fenómenos múltiples que dejan de lado la primacía de la lucha clasista del movimiento obrero tradicional.

En relación a los modos de organización de los movimientos sociales, prima la estructura y organización horizontal, acompañada de una informalidad, flexibilidad y transitoriedad de la acción. Se pone énfasis en la individualidad de los sujetos, en la experiencia personal y no es necesaria la anulación de singularidades en pos de una victoria o causa colectiva. Asimismo, las demandas y las luchas están vinculadas no tanto a cambios trascendentes sino a cuestiones de tipo ético-existenciales.

Este paradigma fue ampliamente retomado para analizar fenómenos y movimientos juveniles en el campo académico y en la investigación en América Latina.

Bolívar Franco (2000, p. 117) puso de relieve la importancia del contexto sociohistórico determinado de cada país para analizar la presencia juvenil en los movimientos sociales, entendidos como un producto del sistema social. En esta línea, el autor sostiene que “no existen indicios de un movimiento juvenil que luchara como tal, por los intereses de los jóvenes”. Al mismo tiempo, rescata y reivindica la presencia de jóvenes en organizaciones e instituciones y afirma que la apatía en relación a la política está vinculada a un rechazo a los canales tradicionales de participación, y no a un desinterés concreto por participar.

Por su parte, Raúl Zibechi (1997) realizó un estudio de seguimiento del movimiento juvenil-estudiantil uruguayo durante los años noventa, desde la creación de la Coordinadora Anti Razias hasta las ocupaciones de los liceos estudiantiles en Agosto de 1996. En oposición a los entonces estudios de la CEPAL que caracterizaban a la juventud como apática y desinteresada, Zibechi observaba cómo las y los jóvenes aún cuestionaban al status quo a través de expresiones culturales. Su trabajo también se destacó por darle relevancia a la influencia del grupo familiar en los comportamientos sociales de las nuevas generaciones y por afirmar que la rebelión juvenil de la década del sesenta era retomada, con su propio estilo, por la nueva juventud.

Asimismo, Zibechi propuso dos rasgos distintivos para caracterizar a la participación juvenil. Por un lado, sostuvo que la lucha juvenil por derribar el sistema de dominación va de la mano con modificar el modo de vida en el presente en pos de una afirmación de identidad y; por otro, que los espacios juveniles estaban caracterizados por un modo de organización horizontal, rotativa y democrática. En relación a esto, Zibechi también agrega que hay un profundo rechazo a las estructuras verticalistas pero no hay un estrategia planificada en el modo de proceder de la organización. Son rechazos vivenciales a una autoridad concebida como opresora que se relacionan con profundos cambios culturales y sociales. Además, le otorga un papel central a las y los jóvenes en la conformación de colectivos autónomos en su análisis de la “revuelta Argentina de los ‘90”. Los profundos cambios culturales que sufrió nuestro país han impactado en un recambio generacional y se produce un quiebre en la cultura juvenil precedente que hace que emerjan nuevos estilos y formas de vida anticipatorios que van en búsqueda de cambios políticos y sociales más amplios. En esta línea, su obra condensa las diversas manifestaciones de expresión cultural, especialmente la emergencia de un estilo musical

denominado “rock chabón” vinculado a los sectores populares, como símbolo de una generación rebelde, liberadora del cuerpo y que no se resigna a ser invisibilizada.

Desde otra perspectiva, Morales Gil la Torre realiza otro aporte teórico sobre los movimientos juveniles retomando ejes conceptuales de Melucci. Considera a la acción colectiva como un producto social y un conjunto de relaciones que favorecen la creación de significados identitarios. De esta concepción, vincula la acción colectiva con los procesos de movilización y la experiencia de la vida cotidiana. Según el autor, los actores colectivos son el resultado de un sistema de relaciones de solidaridad, organización y cultura compartidas en los cuales la participación de los jóvenes debe ser reconocida por su eficacia simbólica.

Asimismo, propone un enfoque analítico sincrónico y diacrónico de estos procesos. La perspectiva sincrónica identifica las condiciones que permiten la emergencia de una movilización colectiva, es decir, las estructuras conceptuales y motivacionales que hacen de base para establecer determinadas relaciones sociales que, a su vez, conforman redes, modos de organización y estrategias de acción e identidades. Desde una perspectiva diacrónica, en cambio, se pueden observar los períodos fragmentados en los cuales transcurre una misma acción colectiva a partir de categorías analíticas que distinguen momentos de mayor visibilidad o latencia, memoria e identidad o institución e innovación.

Morales Gil la Torre aplica este modelo sincrónico-diacrónico a un trabajo con cinco redes de organizaciones juveniles mexicanas en las cuales observa una serie de puntos en común a pesar de sus singularidades, multiplicidades y diversas formas de autogobierno.

En primer lugar, observa un punto de tensión entre los aún presentes lineamientos originarios del movimiento con las actuales líneas de acción. Este dilema de “mandato originario” da cuenta de la dependencia política, económica y cultural a los organismos que iniciaron el movimiento y las luchas de poder al interior de los espacios de acción entre militantes de mayor y menor trayectoria. Esta relación aún vigente con las viejas estructuras no dejan construir una nueva autonomía.

En segundo lugar, observa otro dilema que se expresa como “la posibilidad de conservar espacios que permitan la movilidad afectividad y expresividad dentro de los procesos organizativos. Es decir cómo garantizar la visibilidad del proceso de movilización contando con elementos institucionales que lo regulen” (MORALES GIL LA TORRE, 2001, p. 28). Ésto se puede ver como un desafío para vincularlo con algunas particularidades del ser joven tales como el desarrollo de compromisos y el sostenimiento de espacios de manera sistemática.

Por último, encontramos el aporte de Luis Caputo, quién analiza y describe los problemas, expectativas y demandas de un caso de participación juvenil en un movimiento rural formoseño. El autor afirma que las motivaciones psicosociales de los jóvenes vinculadas hacia la participación y el involucramiento social se ven sofocadas por las carencias materiales y afectivas dentro de un contexto de desestructuración productiva y la desintegración rural. Es por eso que la prioridad se centra en las demandas de tipo económico productivas y no son tan frecuentes las reivindicaciones sociopolíticas.

A partir de este análisis situacional Caputo enfatiza en la importancia de políticas públicas que estimulen a los jóvenes a través de iniciativas que impulsen la participación que “no necesariamente es sinónimo de militancia clásica”. De esta forma, la intervención estatal es primordial para el desarrollo de capacidades en los jóvenes rurales tales como la imaginación, la toma de decisiones y la socialización.

3 Nuevas propuestas teóricas para el análisis de Movimientos Juveniles

Si bien el siglo XX tuvo avances teóricos en materia de movimientos sociales en general y modalidades de participación juvenil en particular, en el siglo XXI surgirán nuevos interrogantes sobre el protagonismo juvenil y su rol en el escenario político y social.

A pesar de la ausencia de un corpus académico prolífico que estudie los fenómenos juveniles recientes, podemos encontrar aportes teóricos interesantes que dan cuenta de ciertas particularidades del comportamiento juvenil. Existen aproximaciones teóricas que exploran el clima de época y el contexto socio-político, entendiéndolas como condiciones fundamentales para la emergencia de acciones colectivas. A su vez, se le otorga relevancia al contexto de socialización de las nuevas

generaciones, teniendo en cuenta la enorme influencia que tienen las redes sociales y las nuevas tecnologías en él. En este sentido, se pueden construir dos ejes analíticos clave que nos ayudan a analizar y caracterizar los movimientos juveniles: la variable temporal y las nuevas formas de sociabilidad.

Melucci (1997) pone en el centro del debate la variable temporal de los movimientos sociales juveniles, entendiéndola como una experiencia vital tanto para los individuos que componen un colectivo como para los movimientos sociales en su totalidad. Su argumento gira en torno a dos dimensiones temporales centrales: por un lado, una que concibe al tiempo como una categoría de organización del ciclo vital y de las biografías de las personas y, por otro, un eje que lo concibe como un producto cultural de la estructura y el orden social. El autor plantea que el tiempo como categoría básica de la experiencia vital es una construcción que ya no está vinculada con la idea de linealidad y progreso, sino que el tiempo está sujeto a lo múltiple y lo discontinuo y es un tiempo sin historia o “de muchas historias relativamente independientes” (MELUCCI, 1997, p. 8). Actualmente, la noción del tiempo está vinculado a una versión fragmentada y a una experiencia más abierta, aleatoria y flexible, que no implica el mismo disciplinamiento de antaño.

Asimismo, Melucci piensa a los modelos de acción juvenil como experiencias comunicativas, es decir que todas ellas están vinculadas a la transmisión e intercambio de mensajes y códigos simbólicos que subvierten el orden hegemónico. De esta forma, las movilizaciones juveniles no sólo difunden un mensaje rupturista y de demanda social sino que poseen un poder simbólico sustantivo con el que luchan en contra de la lógica dominante.

A esta dimensión temporal y dimensión comunicativa, se le suma la fuerte presencia de dispositivos tecnológicos que impactan, según algunos científicos sociales, en la construcción de las relaciones inter e intra generacionales, muy distintas a las de antaño en este escenario nuevo signado por lo virtual. Hay miradas teóricas que destacan el modo distintivo en el cual los jóvenes participan en la sociedad en tanto son generaciones nacidas en el mundo de la red y avances tecnológicos continuos.

En esta misma línea, existen interrogantes sobre la influencia de las redes sociales no sólo a nivel individual, sino a nivel colectivo. En estos últimos años han existido manifestaciones masivas convocadas a través de redes sociales que han tenido un fuerte impacto en nuestra sociedad.

En este sentido, las y los jóvenes proponen nuevas formas de politicidad por la relación con un tiempo presente menos sujeto a linealidades (la dimensión temporal); por las nuevas formas de relacionarse (el contexto de socialización) y; por los códigos simbólicos que manejan (la dimensión comunicacional). Es allí donde residen las particularidades distintivas del accionar joven, es decir, en su actitud desafiante a la “dilatación del tiempo subjetivo” (MELUCCI, 1997, p. 8).

Por su parte, Fernando Calderón hace foco en las características culturales que presentan los movimientos de participación juvenil. Su tesis gira en torno a una “nueva politicidad”, en la cual las y los jóvenes tienen un lugar destacado y está compuesta por una mixtura de demandas básicas al mismo tiempo que propone nuevas expresiones y manifestaciones culturales. Los movimientos sociales latinoamericanos se han distinguido por ser multidimensionales, es decir, estar caracterizados por yuxtaposiciones y entrecruzamientos de reivindicaciones vinculadas a la exclusión social, a demandas básicas, a derechos humanos vulnerados, como también cuestiones étnicas, culturales y clasistas.

Asimismo, el autor rescata la importancia que se le otorga a la libertad personal y a la autonomía personal a través de múltiples demandas colectivas. En ese sentido, Calderón afirma que “[...] las orientaciones colectivas de los actores, principalmente las de los jóvenes, empiezan a valorar la construcción de la autonomía personal como un bien colectivo, y viceversa: las orientaciones y valores colectivos también empiezan a valorar la autonomía de los actores individuales” (CALDERÓN, 2011, p. 79). Señala que actualmente prevalece el debilitamiento de los proyectos colectivos en detrimento de la autodeterminación personal. Sin embargo, este patrón presenta fisuras ya que aparece notablemente en los jóvenes incluidos, mientras que entre los excluidos prepondera una lógica aún colectiva.

Siguiendo la sintonía con estas recientes perspectivas teóricas, esta generación ha sido denominada la generación de la tecnosociabilidad, debido al impacto que han tenido los nuevos medios de comunicación en los modos de relacionarse. Los grandes flujos de información combinados con la

aceleración del ritmo de vida y el cambio constante parecen producir un efecto doble: por un lado, la utilización de las nuevas tecnologías aumenta la conectividad entre jóvenes pero, por otro lado, el mismo uso los separa del resto de la sociedad. Sin embargo, hay que aclarar que ya no puede pensarse el proceso de formación de identidades y subjetividades sin las nuevas tecnologías, los nuevos modos de interacción que proponen y la exaltación de la autonomía personal. Como argumenta Calderón (2001, p. 88-89), "...quizás el rasgo más distintivo sea que existe una menor influencia de los patrones clásicos de socialización (familia, escuela, barrio, etc.), vacío que hoy es llenado en buena medida por los medios de comunicación, generándose así una cultura que está transformando las formas de conocer, sentir y aprehender, y que también modifica la vida cotidiana". Como conclusión este autor agrega una reflexión interesante sobre la sociedad toda "cómo puede la necesidad de autodeterminación personal articularse con la necesidad de construir una comunidad compartida?" (CALDERÓN, 2001, p. 88-89).

4 Protestas recientes

En lo que va del siglo XXI, es destacable la multiplicidad de experiencias colectivas en general y la diversidad de movimientos sociales juveniles en particular que han acontecido en los últimos años.

Más allá de los puntos en común o diferencias que podamos encontrar en las distintas movidas tanto a nivel regional como internacional, los jóvenes sin duda han adquirido una gran visibilidad y se han posicionado en la esfera pública como actores sociales relevantes. En el apartado siguiente, se describen dos casos de protagonismo juvenil en América Latina y uno que trasciende la frontera regional – España – que han tenido una gran repercusión mundial.

4.1 El caso chileno: Los Pingüinos

En el año 2011, estudiantes universitarios chilenos encabezaron una serie de movilizaciones que ponían en cuestionamiento el sistema educativo chileno.

De la misma forma que en 2006, cuando estudiantes de nivel medio se agruparon, organizaron y movilaron, dando lugar a la conocida "revolución de los pingüinos", las demandas universitarias giraban en torno a la necesidad de una educación pública, gratuita y de calidad.

En este marco de lucha, si bien las movilizaciones no consiguieron hacer un cambio estructural y radical en el sistema educativo chileno, uno de los saldos más significativos fue la posibilidad de exponer las profundas inequidades y desigualdades sociales que el sistema educativo reproduce persistentemente.

Además, se han abierto diversos espacios de diálogo entre los representantes estudiantiles y el gobierno nacional, otorgando así una visibilidad no sólo regional sino también mundial, lo cual habla de un reconocimiento legítimo a las demandas juveniles. Por otra parte, otros grupos de estudiantes han conformado una plataforma política de cara a las elecciones presidenciales posteriores a las movilizaciones y paulatinamente se van haciendo lugar en los canales políticos tradicionales. Uno de los exponentes de mayor visibilidad fue Camila Vallejos, Presidenta, en ese entonces, de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, hoy diputada distrital por el Partido Comunista.

4.2 El caso mexicano: yo soy 132

Durante el mes de Mayo de 2012, un grupo de estudiantes universitarios tuvo un debate polémico con uno de los candidatos presidenciales (Peña Nieto del PRI) sobre una de las cadenas de medios de comunicación más poderosas e importantes de México. A partir de esto, en algunos canales mediáticos aparecía cuestionada la pertenecía de los estudiantes a la casa de altos estudios por lo que, como respuesta, los jóvenes -131- publicaron sus identificaciones universitarias desmintiendo la acusación. Luego, diversas formas de apoyo y adhesión en defensa de los jóvenes se enarbolaron bajo el lema "Yo soy 132".

Este movimiento de base estudiantil se caracteriza por ser pacifista, ya que rechazan todo tipo de violencia; autónomo y apartidista, pues se postulan fuera de cualquier partido político; incluyente y plural, debido a que busca integrar a todas las personas en territorio mexicano y expresa una solidaridad con otros movimientos de lucha; y comprometido, horizontal y de carácter político y social, dado que sus acciones tienden a crear espacios de diálogo como parte de una construcción de una sociedad democrática y una conciencia ciudadana, con el objetivo último de la transformación de la sociedad. Asimismo, los activistas se oponen a los medios de comunicación masiva y cuestionan fuertemente su rol en las campañas políticas.

Si bien México no se distingue por haber tenido una historia política y social marcada por movimientos estudiantiles masivos, “Yo soy 132” se expandió rápidamente a través de las redes sociales, adquirió una notoriedad significativa y amplió en forma sustantiva su base de manifestantes.

4.3 El caso español: 15-M, Los Indignados

El Movimiento 15-M surge en España el marco de una crisis económica, política y social que azotó a la Comunidad Europea en los últimos años. Si bien este caso se ubica fuera de la región latinoamericana, vale la pena hacer mención del mismo debido a sus características particulares y a su repercusión mundial.

En este movimiento se pone en evidencia el claro descontento del clima de época y denuncian concretamente las consecuencias que tuvo el ajuste económico, el poder del capital financiero, la exclusión social y el desempleo que sufren los españoles. Asimismo, hace una crítica intensa al sistema político en general.

El nombre del movimiento refiere a una de las manifestaciones más concurridas fechada el 15 de Mayo de 2011. Durante ese evento, los manifestantes, en su mayoría jóvenes, ocuparon la Puerta del Sol, uno de los sitios emblemáticos de la ciudad de Madrid. Esto también dio pie a que se ocuparan otros lugares principales en otras ciudades del país, expandiendo rápidamente las demandas a lo largo y ancho del territorio español. De esta forma, se observa nuevamente el protagonismo juvenil en medio de la escena pública, haciendo escuchar sus protestas populares.

Conclusión

A lo largo de este artículo se ha realizado un breve recorrido de los diversos enfoques teóricos que argumentan sobre la intervención y protagonismo juvenil en espacios de acción colectiva. De la misma forma, se hace especial énfasis en los interrogantes y desafíos que despiertan estas lecturas sobre las formas de participación social y política, en un contexto de globalización y sociedades complejas.

En este sentido, más allá de los avances y los valiosos aportes académicos que han trabajado en pos de comprender los modos actuales de participación juvenil, resulta sumamente necesario profundizar en nuevas nociones que nutran el campo de análisis y permitan construir herramientas teóricas adecuadas para reflexionar sobre sus acciones individuales y propuestas colectivas.

Las demandas sociales canalizadas por los sectores juveniles no sólo son de sumo interés para los manifestantes sino también para el conjunto social, ya que hablan de un tipo de sociedad y mundo en que vivimos. Esperamos que el esquema aquí planteado sea un aporte para incentivar la construcción de nuevos y más prolíficos planteos sobre las temáticas abordadas.

Bibliografía

BOLIVAR, F. Centroamérica y Panamá: movimientos sociales juveniles y proyecciones hacia el nuevo siglo. Elementos para el debate. In: BALARDINI, S. (compilador). **La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo**. Buenos Aires: Colección grupos de trabajo CLACSO, 2000.

CALDERÓN, F. **Los movimientos sociales ante la crisis**. Buenos Aires: CLACSO, 1986.

CALDERÓN, F. Movimientos culturales y la emergencia de una nueva politicidad. **Comunicación & Sociedad**, v. 10, n. 18, p.75-95. 2011.

CAPUTO, L. Jóvenes rurales formoseños y los obstáculos a las prácticas participativas. In: BALARDINI, S. (compilador). **La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo**. Buenos Aires: Colección grupos de trabajo CLACSO, 2000.

DOMÍNGUEZ, M. Los movimientos sociales y la acción juvenil: apuntes para un debate. **Sociedade e Estado**, Brasília, v. 21, n. 1, p. 67-83, jan./abr. 2006.

GALLAND, O. **Sociología de la Juventud: L'entree dans a vie** (Colección U) Francia: A. Colin, 1991.

GARCÍA CANCLINI, N. **Culturas híbridas**. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2005.

HOBBSBAWM, E. **Primitive rebels: studies in archaic forms of social movement in the 19 th and 20 th centuries**. London: Manchester University Press, 1959.

JENKINS, C. La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales. **Revista Zona Abierta**, n. 69, Madrid, p. 5-48. 1994.

MARTÍN BARBERO, J. Jóvenes: comunicación e identidad. En Pensar Iberoamérica, **Revista de Cultura**, n. 0, Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, OEI. 2002.

MANNHEIN, K. **Ideología y Utopía. Introducción a la sociología del conocimiento**. Madrid: Aguilar, 1958.

MCADAM, D., MCCARTH J.D. Y ZALD MAYER N. **Movimientos sociales**. Perspectivas comparadas. Oportunidades políticas de movilización y marcos interpretativos culturales. España: Istmo, 1999.

MELUCCI, A. ¿Qué hay de nuevo en los movimientos sociales?. In: LARAÑA, E.; GUSFIERL, J. (Eds.). **Los nuevos movimientos sociales**. De la ideología a la identidad, Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas, 1994.

MELUCCI, A. Juventude, tempo e movimentos sociais. **Juventude e contemporaneidade**. **Revista Brasileira de Educação**. São Paulo: ANPED, n. 5 e 6. 1997.

MORALES GIL DE LA TORRE, Visibilidad de la movilización juvenil. Notas para su análisis en **JOVENes**, v. 5, n. 14. México, 2001.

OFFE, C. **Partidos políticos y Nuevos Movimientos Sociales**. Editorial Sistemas: Madrid.1988.

OTERO, A. Representaciones y participación juvenil: el caso de los jóvenes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús. Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO. 2003. Disponible en: <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/otero.pdf>>. Acceso en: 10 jul.

2015.

OTERO, A. Representaciones sociales sobre el trabajo: un estudio de caso con jóvenes del conurbano bonaerense participantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús Tesis maestría FLACSO. 2006.

ORTEGA Y GASSET, J. **La rebelión de las masas**. España: ED, 1930.

REGUILLO, R. **Emergencia de culturas juveniles**. Estrategias del desencanto. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma: 2000.

SERNA, L. Globalización y participación juvenil: En búsqueda de elementos para la reflexión”, **JÓVENES**, México, v.1, n.5. 1998.

THOMPSON, E. **The making of the English working class**. Nueva York: Randon House, 1963.

TILLY, CH. From Movilizacion to Revolution, Reading, Ma: Addison Weslwy, 1978.

LARAÑA, E. **La construcción de los movimientos sociales**. Madrid: Alianza editorial, 1999.

ZIBECHI, R. **La revuelta juvenil de los 90'**. Las redes sociales en la gestación de una cultura alternativa. Montevideo: Editorial Norman-Comunidad, 1998.

ZIBECHI, R. **Genealogía de la revuelta**. Argentina, la sociedad en Movimiento. Buenos Aires: Letra Libre, 2003.